

Las Franco-Españolas, 125 años en la historia de Logroño

Cuando hace 125 años Frédéric Anglade y Alejo Lépine decidieron construir una bodega moderna en Logroño, la ciudad vivía con asombro una de las épocas más prósperas de su historia. La bodega se sumaba a logros modernizadores como el puente de hierro -que se acababa de inaugurar-, la Tabacalera, la fábrica de conservas de Trevijano, la mayor de España, el instituto de Enseñanza Media, o la Beneficencia. Con su estación de ferrocarril y el buen fruto de sus viñedos de Varea, El Cortijo, la Isla, San Quintín, Valparaiso, Barrigüelo y Recajo –así se denomina el término donde se levanta Franco-Españolas-, Logroño aprovechaba al fin la oportunidad que la demanda de vinos desde Burdeos venía ofreciendo a los riojanos desde hacía más de veinte años. Haro la había aprovechado, pero no Logroño, donde Franco-Españolas iba a ser la única bodega moderna durante mucho tiempo.

La construcción del edificio central y las dos primeras naves a sus costados duró menos de un año. Casi no había fraguado el cemento cuando las cubas recibieron las primeras uvas, en 1891. El diario *La Rioja*, recién nacido –otro hito de la modernidad capitalina-, recogió la noticia y dio cuenta de que la vinificación ya no se hacía “como en tiempos de Noe”, es decir por maceración carbónica, sino por los “modernos métodos” provenientes de Burdeos, como los dueños de la bodega.

Diez años después, al alborear el siglo, Anglade decidió asociarse con capitalistas bilbaínos –Larrumbide, Ugalde, Escondrilla- y crear una Sociedad Anónima, en la que ya veremos a accionistas logroñeses, como Pedro de la Riva, Perfecto García Jalón, Salvador Aragón, etc. Paradójicamente, los socios pensaban en nuevas inversiones cuando ya se había presentado en Haro la filoxera, la trágica plaga que, sin embargo, no detuvo los planes, pues la sociedad acometió diversas obras, entre ellas la electrificación y la construcción de dos nuevas naves. En marzo de 1902 una estaba construida, pero la otra habrá de esperar a 1921, lo que permite hacerse una idea de lo duraderos que fueron los efectos de la filoxera. La casa se enfrentó a la plaga y fue la primera en suministrar a sus proveedores de uva planta injertada sobre americanos, pues ya tenía un vivero antes de que llegara; pero aun así, las consecuencias fueron muy duras.

Tras la muerte de Anglade en 1906, le suceden el conde de Venancourt y A. Duyperon, los mayores accionistas, pero ya hay más logroñeses en el consejo de administración, como Vicente Rodríguez Paterna, o Enrique Herreros de Tejada. Al cumplirse los veinte años previstos para renovar la sociedad, todos los miembros del consejo de administración eran españoles, la mayoría logroñeses. Entre los españoles destaca el conde de Romanones, al que veremos mediar en el gran negocio de la Compañía de los Grandes Expresos Internacionales, un hito en la historia de las bodegas, pues sus vinos llegaron hasta Vladivostok; entre los logroñeses, Donato Ulargui y Pelayo de la Mata, que pronto será el hombre fuerte de la casa.

Los años veinte fueron realmente felices: se había olvidado la filoxera y aumentaban las exportaciones, ahora protegidas por el primer consejo regulador de España, concedido por Primo de Rivera tras la visita de Alfonso XIII a las bodegas, en 1925. Era el logro histórico de los riojanos. El Rioja viajaba a todos los países del mundo, mientras Logroño, con sus dos teatros, cafés cantantes, clubs distinguidos como el Círculo Logroñés, animadas tabernas populares y buen vino y buenos músicos era la ciudad divertida y amable del norte.

Llegó el 14 de abril de 1931 y los viejos accionistas liberales de toda la vida se acostaron monárquicos y se levantaron republicanos. Al poco, cambiaron la bandera y el escudo en las etiquetas de sus vinos y probaron la primera cosecha de vino republicano..., por suerte, una de las mejores del siglo. Pero casi se puede asegurar que iba a ser la última buena en treinta años. Los graves problemas económicos que atravesó la República repercutieron en el vino y, al final, la guerra civil lo arruinó todo. Muchos viñedos se convirtieron en patatales, mientras la falta de vidrio, de combustible, de medios de transporte, impedía el comercio. El resurgir no llegó hasta la década de los cincuenta. Pelayo de la Mata estuvo al frente en estos años de vino triste, en los que se esfumó una de las pocas oportunidades: la de vender vino a Estados Unidos, donde la ley seca había sido derogada en 1933. Allí estaban ya, el primer día, los vinos de Franco-Españolas, los primeros españoles, en el Plaza, o en el Walldorf-Astoria, pero la guerra lo interrumpió todo. El mercado norteamericano no volvería a ser un objetivo hasta mediados de los sesenta.

La dura postguerra es de decadencia en la casa, pero de nuevo surge la esperanza cuando llega un joven que quiere modernizarla a toda costa. Es Hilario de la Mata y

Sáenz de Calahorra, que se hace llamar marqués de Vargas y que es el hijo de Pelayo de la Mata, el viejo liberal sagastino que nunca usó el título noble de la familia procedente de Corera (al que podía añadir también el de conde de San Cristóbal). Pero ahora, en la plenitud del franquismo de la Victoria, la casa se llenó de condes y duques. Con Hilario de la Mata llegaron el marqués de la Casa Real de Córdoba, la marquesa de Salamanca, el vizconde de Portocarrero, etc. Con todo, el grueso de las acciones era de la familia De la Mata y de logroñeses como los Ulargui y los Maguregui, mientras las sucesivas ampliaciones de capital que llevó a cabo Hilario de la Mata provocaron la entrada de pequeños accionistas, algunos puramente testimoniales, pero que denotan la popularidad que llegaron a adquirir las Bodegas en los años sesenta.

Para entonces, el Rioja había restablecido su consejo regulador y habían aumentado las exportaciones. Antonio Larrea, el presidente y director de la Enológica, logró con tesón imponer su modelo: el Rioja tenía que ser el elemento fundamental para que la gente no emigrara y viviera del campo; para ello, había que cuidar la calidad –en viña y en bodega- y exportar. En unos años, el Rioja se hizo presente en todo el mundo. La llegada a las Franco-Españolas de Rolf Hieronimi y Josette Cordier en esa década dorada de los sesenta decidió la vocación exportadora de Franco-Españolas, que consiguió los mejores resultados de su historia gracias a vinos ya excelentes como los de la mítica cosecha de 1964, o la también excelente y abundantísima de 1970, que marca un hito –junto con la ley del vino de 1970- en la historia de los vinos españoles. Un vino malo y barato se convertía en un gran vino...pero barato. Desgraciadamente, esa losa pesó sobre el Rioja y quizás sigue siendo el gran problema a resolver en nuestros tiempos, como dice el enólogo de las Franco-Españolas, Carlos Estecha.

Pero el mundo del vino es un mundo de paradojas y, tras las pésimas cosechas de 1971 y 1972 –a lo que siguió la crisis del petróleo en 1973-, Franco-Españolas se puso a la venta. Era un golpe en el sector, dominado por viejas familias muy tradicionales, y causó asombro; además no era el único, pues otras bodegas históricas estaban pasando a manos de empresas y entidades financieras. El marqués de Vargas vendía la bodega a Ruiz Mateos sin que nadie pudiera dar otra explicación que la tónica de la “oferta que no podía rechazar”. El hecho es que los años siguientes supusieron un cambio rotundo en la marcha de la bodega, ahora una empresa más en el entramado de la firma de la abeja. Los años de la nueva titularidad no fueron buenos, pero además, la nueva administración apenas dejó papeles en la entidad, lo que dificulta la labor del

historiador, que tiene más datos de 1890 o 1920, por ejemplo, que de años más tan próximos a nosotros como la década de los setenta.

El final de Rumasa al frente de la entidad es consecuencia de la intervención del gobierno socialista en 1984 y supone la llegada a las bodegas de la familia Eguizábal, propietaria en la actualidad tras el fallecimiento, en 2009, de Marcos Eguizábal Ramírez. Don Marcos, natural de El Villar de Arnedo, nunca se había ido del mundo del Rioja. Su padre vendía vino antes de la guerra; él había comprado una bodega en Tudelilla, que elaboraba unos cuatro millones de kilos de uva. Es cierto que su fortuna provenía de la construcción y de los cultivos bajo plástico en Almería, donde fue un pionero; pero cedió a la tentación de volver a La Rioja como un gran bodeguero, intuyendo que iban a llegar buenos años para el sector.

Y así fue. El Rioja llegó en 1991 a su gran logro histórico: la concesión de la Calificada, el broche de oro que, en Franco-Españolas, coincidía con su centenario. Para entonces, Eguizábal era el presidente del Logroñés, un club de Primera División, y el Consejo Regulador, dirigido por Angel Jaime Baró, concedía el premio Prestigio de Rioja a los que iban a ser premios nóbeles Camilo José Cela y Mario Vargas Llosa, toda una premonición del rumbo nuevo del Rioja, que iba en paralelo al prestigio resucitado de Franco-Españolas, que hoy celebra con el libro que presentamos su 125 aniversario. 125 años en la historia de Logroño.

José Luis Gómez Urdáñez